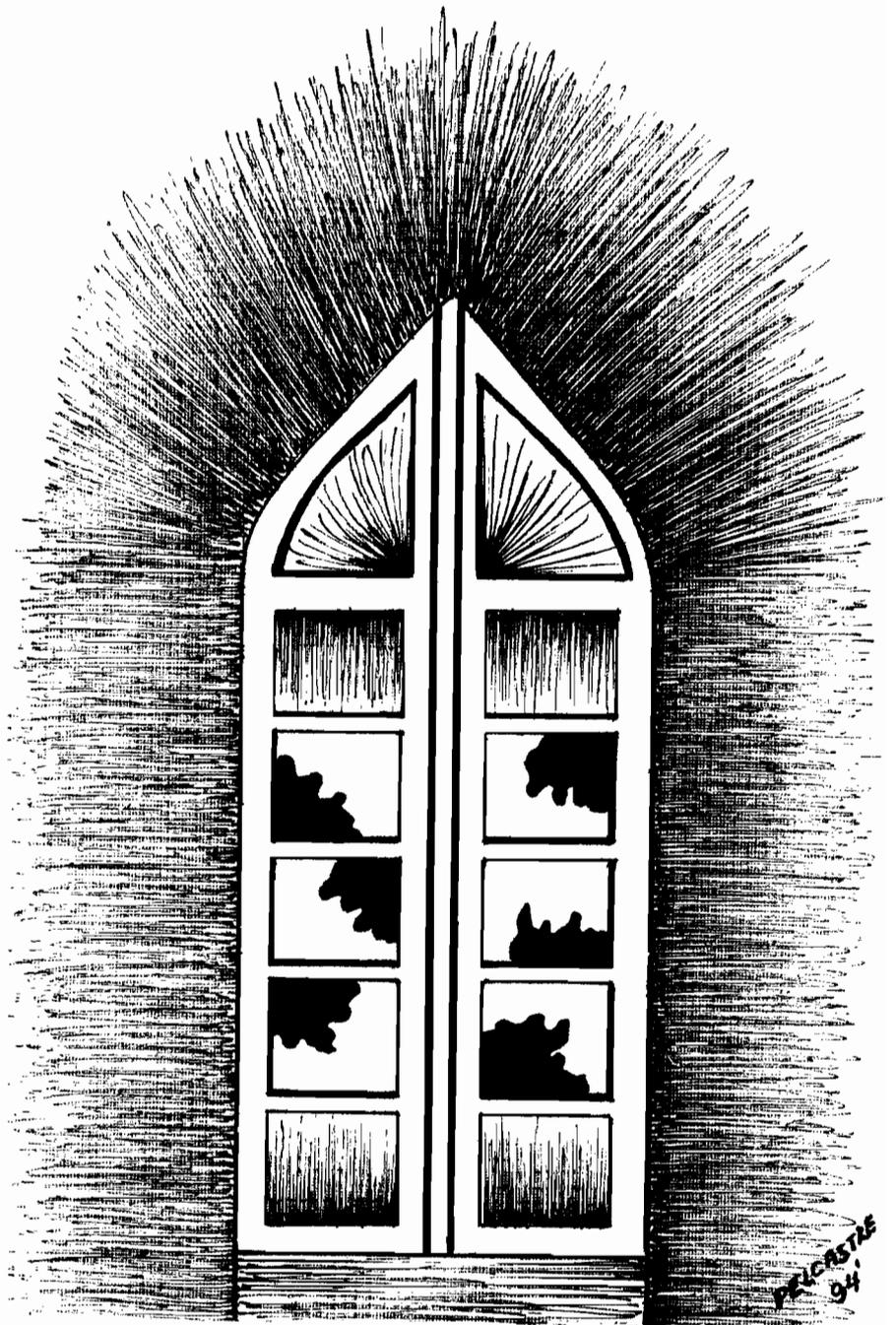


Un Llamado al Sacrificio*

Václav Havel

Presidente de la República Checa

Cuatro años después de la caída del comunismo, puede decirse, sin mucha exageración, que este evento de gran relevancia histórica ha ocasionado al Occidente democrático graves dolores de cabeza. Por lo que sabemos, muchos políticos occidentales podrían preguntarse ocasionalmente (en la privacidad de sus mentes) si podría haber sido un error apoyar los esfuerzos de auto-liberación dentro del bloque soviético (aunque tal apoyo fue principalmente verbal y moral), y si Occidente debió haber hecho más por prolongar la existencia del comunismo. Después de todo, el mundo solía ser tan sencillo: Había un solo adversario, quien era más o menos comprensible, dirigido desde un centro



PELCASTRE
94

único y cuya sola meta en sus últimos años (sin contar algunas predecibles excepciones) era mantener el *status quo*.

Al mismo tiempo, la existencia de este adversario unió a Occidente, ya que, encarado con este global y claramente definido peligro, siempre podría, de algún modo, ponerse de acuerdo en cuanto a un acercamiento común.

Todo aquello se ha desvanecido. El mundo se ha vuelto súbitamente complejo y mucho menos inteligible. El viejo orden se ha colapsado, pero nadie ha creado uno nuevo hasta ahora. Mientras tanto, el "mundo postcomunista" está generando constantemente nuevas sorpresas en Occidente: naciones hasta ahora desconocidas están despertando y quieren sus propios países. "Gente de Dios" improbablemente sabe dónde son las elecciones ganadoras.

Ni siquiera está claro si las mismas que hace cuatro años se alzaron asombrosamente de su letargo para desechar al Comunismo, ahora extrañan realmente al sistema.

La nostalgia inconsciente de Occidente por el viejo orden podía ser discernida aun en asuntos tan

superficiales como el modo en que se refieren a nuestros países. De la República Checa a Kazajistán, somos (y sin duda permanecerán así por un tiempo), "países post-comunistas" y "ex-miembros del pasado Pacto de Varsovia". Soy culpable de haber utilizado estas expresiones yo mismo, pero debo admitir una creciente aversión hacia ellas. Después de todo, no atravesamos el problema de deshacernos del comunismo solamente para mantenerlo, aún con un prefijo cosido para siempre en nuestros abrigos. Ni pasamos por las visicitudes de liquidar el Pacto de Varsovia solamente para soportar por siempre el estigma de nuestra antigua membresía en éste. (No hace mucho observé, tal vez antidiplomáticamente, que no nos referimos a los Estados Unidos como a una ex-colonia Británica).

Estas formulaciones revelan tanto una necesidad por encerrarnos en una categoría como la incapacidad de encontrar la clave para entendernos unos a otros más que al anterior bloque familiar. De hecho, a veces siento lástima por los hombres de Estado occidentales cuando observo la inquietud y sorpresa con que escuchan las ampliamente divergentes homilias geopolíticas e históricas

expuestas por varios representantes de nuestra porción de Europa. El polaco todavía piensa en la división de Polonia entre Alemania y Rusia, en 1941, como si esperase una vez más su comienzo el día de mañana. Los húngaros se refieren al Tratado de Trianon de 1920, como un agravio a su pueblo y que, como consecuencia, un enorme número de ellos no vive ya en Hungría. Un checo protestará acerca de Munich y Yalta y sobre otras traiciones de Occidente a su pobre país, y un Eslovaco hablará de la histórica injusticia de no haberlos percibido como una nación aparte. En tales momentos me doy cuenta cuánto más fácil debió haber sido para los políticos occidentales cuando estaban cara a cara con una soviética masa homogénea y no tenían que preocuparse por distinguir a una nación de otra.

¿De quién será el nuevo orden?

Entiendo bien el desasosiego con que Occidente sigue lo que, para éste, son los extraños problemas de todos aquellos "países post-comunistas", y también comprendo todas las razones reales (aunque frecuentemente no expresadas) que llevan a Occidente a comportarse reticentemen-

te hacia ellos. Aún así, estoy fuertemente persuadido de que tal reticencia es extremadamente corta de visión y de que con el paso del tiempo hasta podría volverse bastante peligrosa, ya que no es, como podría parecer, una señal de mero y sobrio juicio, sino también la incapacidad de comprender la esencia de la nueva situación y la falta de imaginación y coraje para la búsqueda de nuevas soluciones en proporción con las nuevas circunstancias.

Si Occidente, junto con todas las otras fuerzas democráticas del mundo, es incapaz de comprometerse rápidamente en la creación de un nuevo orden en los asuntos europeos y euroasiáticos —un orden mejor que el bipolarismo anterior— entonces bien podría alguien más comenzar a hacer el trabajo, y el orden así creado podría ser mucho peor que aquel que le precedió.

No estoy pensando tanto en un nuevo Stalin, sino más bien en el "orden" que pudiese emerger del encuentro violento entre numerosas fuerzas, diferentes e impenetrables, que el estado desorganizado del mundo podría traer a la vida, no sólo en Oriente sino en el Occidente también.



Tales resultados inevitablemente guiarían a nuevos conflictos y nuevos sufrimientos, tal vez mucho mayores de los que hubo antes. No sólo eso: podría demostrar que, ultimadamente, el Occidente democrático ha perdido prácticamente su capacidad de adoptar y cultivar los valores que siempre ha proclamado y prometido salvaguardar y que, para tal fin, ha construido sus arsenales. Tales condiciones serían mucho más que una simple crisis del Oriente; serían también una crisis de Occidente, de democracia, una crisis de la mismísima civilización Euro-Americana. Permittamos que los eventos en la ex-Yugoslavia se erijan como advertencia: éste no es nada más un predicamento balcánico.

La falta de capacidad de Europa y los Estados Unidos de América para intervenir efectivamente en defensa de los valores básicos de la civilización que tan drásticamente están siendo destruidos en los Balcanes (y, lo que es más, en un área que ha sido siempre integral de Europa) nos dice algo también acerca del mundo democrático.

Si nosotros, en estos "países postcomunistas" llamamos a un nuevo orden, si apelamos a Occidente a no cerrarse a nosotros

y si demandamos una re-evaluación de la nueva situación, entonces no es porque nos preocupe nuestra propia seguridad y estabilidad, no solamente porque sentimos que la propia seguridad Occidental está en juego. La razón es mucho más profunda que eso. Estamos preocupados por el destino de los valores y principios que el comunismo negó y en cuyos nombres le resistimos y finalmente derribamos.

Reconozco que tan atrevido reclamo merece una explicación.

Aquello por lo que vale la pena sacrificarse

Entonces bien: muchos años de vivir bajo el comunismo nos dieron ciertas experiencias que el Occidente No-Comunista (afortunadamente) no tuvo que experimentar. Terminamos por entender (o para ser precisos, algunos de nosotros lo hicimos) que los únicos valores genuinos son aquellos por los cuales uno es capaz, en caso necesario, de sacrificar algo. (El filósofo Checo Jan Patrocka, al final de su vida, dedicó considerablemente su pensamiento a esta cuestión). Los valores tradicionales de la civilización occidental, tales como democracia, respeto a los derechos

humanos y al orden de la naturaleza, libertad del individuo y la inviolabilidad de su propiedad, el sentimiento de corresponsabilidad por el mundo que crea la conciencia de que, si la libertad es amenazada en algún lugar, lo es también en todos lados. Todas estas cosas se vuelven valores con apuntalamientos morales y, por lo tanto, metafísicos. Sin pretenderlo, los comunistas nos enseñaron a comprender la verdad del mundo no como mera información acerca del mismo, sino como una actitud, un compromiso, un imperativo moral.

Tengo la impresión de que precisamente esta conciencia falta tristemente en el Occidente de hoy, "no postcomunista" (pero con creciente obiedad en el Occidente "postcomunista" también). Naturalmente, todos continuamos pagando un zalamero servicio a la democracia, los derechos humanos, el orden natural y la responsabilidad por el planeta, pero, aparentemente sólo hasta donde ningún sacrificio sea requerido.

Por lo anterior, no quiero decir, por supuesto, el sacrificio meramente en forma de soldados caídos. El Occidente ha hecho y continúa haciendo tales holocaustos (aunque al-

gunos ejemplos de ello son más significativos que otros). Tengo en mente, más bien, un sacrificio en sentido menos conspicuo pero infinitamente más amplio de significado; esto es una voluntad de sacrificio de los propios intereses por los de interés común, incluyendo aún la búsqueda de producción y consumo cada vez más grandes.

El pragmatismo de los políticos que quieren ganar la próxima elección, para quienes la máxima autoridad es, por lo tanto, la voluntad y el humor de una ya malcriada sociedad consumista, hace imposible para ellos concebir las dimensiones morales, metafísicas y trágicas de su propio programa.

¿Por qué Occidente ha perdido su capacidad de sacrificio? Existen, probablemente, muchas razones, algunas completamente político-aleatorias y otras podrían ser denominadas filosóficas. Un ejemplo de lo anterior sería una impresión engañosa que aparentemente ha circulado ampliamente en los Estados Unidos de América.

Desde que la caída del comunismo es considerada por muchos como una victoria Americana, ahora que la Guerra Fría terminó, la impresión es que los

dolores de cabeza que causaba se acabaron también. Pero estos dolores jamás cesan.

Si Occidente en verdad ganó la Guerra Fría, entonces hoy tal vez se enfrenta a una tarea aún más difícil: ganar, asimismo, la paz.

Pero como he dicho, también hay razones que fluyen considerablemente de manera más profunda.

Los logros económicos de la civilización euroamericana, basados como están sobre avances en el conocimiento científico y técnico, han alterado gradualmente al mismo sistema de los valores humanos. El respeto por los horizontes metafísicos del ser, en una extensión cada vez mayor, es empujado a un lado para hacer espacio a una nueva deidad: El ideal del crecimiento de producción y consumo perpetuos.

Este es el origen de aquél proteccionismo, de ese miedo occidental a los hombres baratos de Oriente, el temor de involucrarse más profundamente en cualquier asunto donde no hay ganancias inmediatas; esa cautela, esa falta de imaginación y coraje, ese temor al *status quo* que al final hace que muchos llamen a la porción de Europa que se

ha liberado del comunismo en nombre de la democracia, si no "corrientes", entonces por lo menos "ex miembros del Pacto de Varsovia", "ex miembros del COMECON", "democracias inmaduras e inestables" y, hasta donde sea posible, encerrarlas en un mundo al que se han acostumbrado.

¿Una economía liberal de mercado? Sí, pero sólo para nosotros. ¿Seguridad? Sí, pero nada más para nosotros. ¿Intereses nacionales? Sí pero solamente los nuestros. No, no hablo desde un sentido de injuria o amor no correspondido: si me perdonan por decirlo, yo sé más acerca de la inmadurez de la democracia Checa que cualquiera en occidente. Simplemente estoy haciendo algunas observaciones generales. La manera occidental de afirmar sus propios valores me parece que, en poco tiempo, se ha enfriado.

¿Alguien se pregunta por qué en más de un país "postcomunista" los mismos "postcomunistas" ganan las elecciones? Esta circunstancia hasta podría ser atribuible al "Occidente No Postcomunista", el cual está haciendo tanto contrariar al "Occidente postcomunista" o al mismo "Oriente" en la atmósfera del mundo en que fueron puestas tantas esperanzas durante el



tiempo de la resistencia al comunismo.

Déjenme ser claro: De ningún modo pienso que el papel principal del Occidente democrático es resolver todos los problemas del “mundo postcomunista”. Nuestras naciones (aunque se declaran, y evidentemente son, como parte de la esfera de la civilización de Europa Occidental, u otras que pertenecen a la “Centroasiática” o a cualquier otra) deben vérselas con sus propios e inmensos problemas por sí mismas. De cualquier modo, el “Occidente No Postcomunista” no debe observar, como si fuera un simple visitante al zoológico o el espectador en una película de terror, en suspenso, por saber cómo termina.

Debe percibir estos procesos por lo menos como algo que intrínsecamente le concierne y que, de algún modo, decide su propio destino. Esto precisa su involucramiento activo y lo reta a realizar sacrificios en pro de un futuro soportable para todos nosotros.

“Socios”: Acepten la responsabilidad

La creación de un nuevo orden puede tener docenas de variantes. Es un problema de evolución y requiere gran juicio y una profunda

capacidad de entendimiento. Nadie llegaría a ninguna parte en estos días bajo la designación de “ex miembros del antiguo Pacto de Varsovia”; de hecho, insistir en esta formulación sólo ocasionaría un daño mayor. Por ejemplo: sobre el asunto de acuerdos de seguridad, la naturaleza y la sustancia de la “Sociedad para la Paz” sería una cosa, si estamos hablando acerca de las repúblicas del centro de Asia que hoy día son miembros de la Comunidad de Estados Independientes, pero sería algo completamente distinto en el caso de países como Hungría y la República Checa, Eslovaquia y Eslovenia.

Por virtud de su historia entera, sus tradiciones espirituales e intelectuales, cultura, atmósfera y posición geopolítica, las naciones antes mencionadas pertenecen al Occidente Europeo clásico y cualquier separación de éste sería suicida para toda Europa (algo que cualquiera, con ni siquiera tener conocimientos rudimentarios de Historia Europea, debería comprender).

No estoy criticando la propuesta de una “Sociedad para la Paz”. Por el contrario, la considero un punto de comienzo muy razonable. (Si puedo encontrar alguna falta, sólo sería el

que no haya existido hace unos dos o tres años). Simplemente digo que ahora todo dependerá de la forma como se lleve a su término.

Esto sólo sería una prueba adecuada para la resolución occidental. Específicamente, imagino que en el caso de los países de Europa Central (y más tarde otras naciones europeas) la completa membresía debería convertirse clara y rápidamente en la meta. La OTAN entonces superaría gradualmente su papel actual para convertirse en una genuina estructura de seguridad Paneuropea. Pero dicha expansión de la OTAN debe tener lugar sobre un trasfondo de relación genuinamente cooperativa con Rusia (o la CEI) como un gran poder nuclear Euroasiático que está, en todos aspectos, en una posición radicalmente diferente, comparado con las pequeñas naciones Centroeuropeas. La “Sociedad para la Paz” también podría proveer un punto de arranque para esta relación específica.

Sin embargo, en este momento, mi interés no está en las propuestas concretas para una nueva arquitectura Atlántico, Europea y Asiática, aunque tengo mis propias opiniones específicas sobre esto; sino con algo diferente: La renuencia del “Occidente No Postcomunista” de

siquiera unirse en la creación de dichas propuestas, su falta de deseos de escuchar las voces de advertencia provenientes de nuestra parte del globo. Me interesa que Occidente llegue a comprender que la gran labor de autodefensa contra la amenaza comunista ha sido suplantada el día de hoy por una obligación todavía más difícil: Asumir valerosamente, por sus propios intereses y el interés general, su parte en la responsabilidad para la nueva organización de las cosas en todo el hemisferio norte.

Para exponer mi punto breve y simple: Me parece que el destino del llamado "Occidente" está siendo decidido hoy en lo que se llama "Oriente". Si el Occidente no encuentra la clave para nosotros, quienes una vez fuimos violentamente separados de ellos (sin mucha resistencia de su parte), o aquellos que en algún lugar lejano se han

desembarazado a sí mismos de la dominación comunista, al final perderán la llave para Occidente mismo.

Si, por ejemplo, mira pasivamente al nacionalismo "Oriental" o Balcánico, dará luz verde a su propio nacionalismo potencial, que fue capaz de lidiar tan magnánimamente en la era de la amenaza comunista. Si cierra sus ojos a la catástrofe ecológica postcomunista, tarde o temprano generará su propia catástrofe ambiental y, finalmente, la de todo el planeta. Si no aprende de nuestra experiencia acerca de a dónde lleva el orgullo humano la soberbia de la gente que inventó una utopía racional para ellos mismos y trataron de crear un paraíso en la tierra; si persiste en su entendimiento antropocéntrico del mundo, sufrirán, asimismo, las consecuencias, y también lo hará el planeta entero. Si su propia afluencia consumista permanece más importante que todos los

fundamentos de ésta, pronto la perderá.

Hoy, más que nunca antes en la historia de la humanidad, todo está relacionado. Por lo tanto, los valores y prospectos de la civilización contemporánea están sujetos por doquier a grandes pruebas. Por ello, el futuro de los Estados Unidos de América o la Comunidad Europea está siendo decidida en las sufrientes Mostar o Sarajevo, en las arrasadas selvas brasileñas, en la desdichada pobreza de Bangladesh o Somalia. Teóricamente, casi cualquiera sabe esto. Pero ¿Cómo es que este conocimiento encuentra su expresión en las políticas prácticas? ¿En la práctica de la política en cada uno de nosotros?

Hoy día, la gente sabe que sólo pueden ser salvados por un nuevo tipo de responsabilidad global. Sólo falta un pequeño detalle: tal responsabilidad debe ser genuinamente asumida.

* Este artículo fue traducido del checo al Inglés por Paul Wilson y al Español por Ramón González Solano. Tomado de *Foreign Affairs*, marzo-abril de 1994, p. 2-7.